

PUNTOROJO
libros

EDUARDO NORIEGA

TODOS LOS DÍAS MUERE ALGUIEN

EL LIBRO LACRE / I



EDUARDO NORIEGA

TODOS LOS DÍAS
MUERE ALGUIEN

EL LIBRO LACRE / I

Todos los días muere alguien

Eduardo Noriega

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@punterojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-17715-53-3

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2018 Eduardo Noriega

© 2018 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

01. CUANDO UN ENCUENTRO EN EL BOSQUE SE ECHA ENCIMA	13
02. OPORTUNIDAD PARA EL DESCANSO EN LA PIEDRA	23
03. NUEVOS PERCANCES EN EL CAMINO	35
04. ENTRE RECUERDOS Y DESASOSIEGO	49
05. LOS ENCUENTROS QUE MARCAN UNA VIDA	61
06. CON FALSARIOS COMETIDOS, SIEMPRE SE HA SUBSISTIDO	73
07. ÓBITO EN EL PATIO, BAJO EL FRÍO NORDESTE Y LA TORRE NEGRA.....	81
08. NADA HAY TAN TEDIOSO COMO CELEBRAR UN CONSEJO... ..	95
09. ...O TAL VEZ SÍ QUE LO HAYA	109
10. CUANDO YA ESTÁN CLARAS LAS PRETENSIONES	119
11. INTENDENCIAS Y PERSECUCIONES.....	125
12. MANTÉN EL RITMO Y ESCUCHA: APRENDERÁS.....	139
13. IDEANDO PLANES ANTE LOS MARES CIRCUNDANTES.....	153
14. ENFRENTAMIENTO	167
15. NO SIEMPRE LLEGA LA CALMA TRAS LA TORMENTA.....	177
16. TODO PARECE CONDUCIR AL MISMO SINO.....	185
17. OPCIONES Y REENCUENTROS	193
18. SIN ALTERNATIVAS EN EL AZOGUE	205
19. ES CUANTO HAY QUE HACER: AYUDAR AL QUE LO NECESITA	215
20. AL FINAL HAY QUE DECIDIRSE, NO CABEN DEMORAS	227
21. COMO RECLUTAS, PERO VIVOS	233
22. RECABANDO INFORMACIÓN.....	245
23. ESPÍA A SU PESAR	257
24. COMPARECENCIA ANTE UN NUEVO SEÑOR, CON PRESENTE SANGRIENTO	275
25. INCULPADO POR UN TARTAJA	281
26. ESTUDIANTE EN UNA ISLA MÁGICA	291
27. NADA ACONTECE COMO UNO ESPERA	303
28. TODO SE DECIDE ENTRE SEPARACIONES Y REUNIONES	317
29. ANOCHECER HOSTIL: BATALLA CERCANA	331
30. NO SE ACABA LA JORNADA HASTA QUE LAS SOMBRAS YA NO SON VISIBLES.....	349

31. LA CONDESA DE MONGAUT	365
32. ANCIANIDAD Y BELLEZA, MEZCLA NECESARIA.....	377
33. SIN LA PRESENCIA DEL DUQUE	385
34. DERROTADOS, MAS NO RENDIDOS	393
35. UNOS DÍAS DE CONVALECENCIA.....	409
36. DEMASIADO PRONTO PARA SER DUQUE. ¿O TAL VEZ NO?	417
37. ANDANDO, DE NUEVO EN EL CAMINO.....	431
38. SEGUIR AL FUGITIVO, NO QUEDA OTRA	443
EPÍLOGO	449

APÉNDICES

1. MAPAS	453
2. PERSONAJES – LINAJES	463
3. SOCIEDAD – HISTORIA – LENGUAJE.....	469
4. MAGIA	471
5. CUENTA DEL TIEMPO	473
6. RELIGIÓN – DIOSES.....	475
7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA	479
8. BESTIARIO.....	483
AGRADECIMIENTOS	487

01. CUANDO UN ENCUENTRO EN EL BOSQUE SE ECHA ENCIMA

Bosque sin nombre, ciclo Senescente del año 3468 tras la Gran Caída

—Estos no son días para gente como yo.

Siete días atrás tuvo que escapar corriendo como pudo de un poblacho cuando le pillaron tomando prestada una hogaza. Lo peor fue que no le dieron ni tiempo a explicar que la iba a pagar un poco más tarde.

Al día siguiente se escondió en un pajar cercano. Uno de la aldehuela anterior llegó y comenzó a hablar mal de él en la taberna del pueblo, como si fuera un delincuente, hasta que todo el vecindario se soliviantó contra él, los muy lerdos.

Hacía cinco días, un zapatero ignorante no compartió su modo de abonar con poesía el coste de unos botines que propuso adquirir. Antes siquiera de comenzar a regatear, ya estaba persiguiéndole por todo el pueblo. También escapó por pies.

Dos días después, un par de soldados de Otonomía, tan sombríos como maleducados, casi le atraviesan con sus espadas, simplemente porque una de sus canciones les pareció demasiado subida de tono y se lo tomaron demasiado a pecho. Parecía que la canción, en lugar de hablar de la bella Frivolita, lo hiciese de sus bovinas esposas. Y cuando les aclaró ese detalle, la cosa no mejoró.

Aquella misma mañana había tenido que abandonar la incómoda pero cálida cama compartida con una deliciosa muchacha, de nombre ya perdido en algún lugar de su desmemoria, para huir de su furibundo padre, que no entendía que el frío aconsejaba dormir acompañado, a diferencia de su solícita hija. Las prisas le obligaron a mar-

char sin despedirse, sin llevarse algo más de comida para el camino, sin poder autoprestarse aquella capa para el invierno que vio colgada en el zaguán. Sin todo lo que hubiera deseado llevarse. ¡Hala!, a correr y, al cabo de unos angustiosos momentos de fuga, a caminar.

Lenn llevaba tantas leguas caminadas ya que lo hacía hablando solo, renegando de todo, incluso de sí mismo. Más aún cuando veía acercarse la consunción del día sin asomo de una buena cama donde descansar y una cena caliente que degustar.

En aquellos tiempos un paladín de la canción y la poesía como él, si quería sobrevivir, tenía que ir alquilando su arte al mejor postor, de aldea en aldea, de fonda en fonda. Miraba al frente, al Camino Real que tenía ante sí, y este no le vaticinaba nada agradable.

Lenn sintió como algo vivo uno de aquellos bosques que poblaban Homeria cuando lo acometió, decidido a avanzar hasta encontrar un buen lugar para pasar la noche. Necesitaba llegar a Valdor del Camino antes de que el invierno hiciese una quimera del viaje que estaba llevando a cabo. Unas semanas más y los pasos de las Montañas del Corte serían impracticables hasta después de la estación fría. El que inventó el transcurso del tiempo, la sustitución de un ciclo por otro que alternase el buen tiempo con el malvivir, no tenía prisa por llegar a ninguna parte. Y menos a través de las Montañas del Corte.

Al adentrarse en el bosque, cuyo nombre no conocía y que no aparecía en el bosquejo imposible de llamar mapa que llevaba consigo, el aire le dejó caer un escalofrío sobre sus hombros. Fue entonces, tras los momentos de adaptación a la poca luz, cuando una mirada cuidadosa le hizo percibir con más nitidez los extremos del enorme y vivo organismo en el que se había adentrado. No sintió miedo. Sintió quietud y seguridad. Aquello le pasmó y le dio ánimos para continuar con su camino.

Notó que las hojas de los laureles se rozaban entre sí, asemejando una música anómala y singularmente acompasada. Percibió cómo las ramas blanquecinas de las hayas formaban un techo sobre el que las arañas caminaban a su extraña manera, que hacía rebotar los sonidos para ampliarlos. Sobre él, alimañas menudas corrían hacia todos lados haciendo su vida, insensibles a la presencia de Lenn. Advirtió el bisbiseo de algo que no alcanzaba a regato y que a su vez era marejada para la columna de hormigas que intentaba en vano atravesarlo, cruzando la senda bajo sus piernas. Apreció el croar de un sapo, o rana o a saber qué, que retumbaba entre las paredes de la arboleda como un eco en una habitación cerrada, hasta dispersarse como la niebla matutina. Reparó en cómo el calor del sol maduro había cedido su lugar al relente

de las hojas cargadas del rocío aún vivo, si bien por poco tiempo más. Sintió el cambio y prosiguió su paseo, indeciso y confiado a la vez.

Un aullido prolongado manó de algún lugar y llegó hasta Lenn, haciendo que se estremeciera como si estuviera en las heladas cimas de las Montañas del Corte sin abrigo ninguno. Se le sumó otro. Y otro después. No era el mismo animal que aullaba tres veces seguidas, sino tres animales aullando al tiempo. El silencio indeciso que siguió paralizó al caminante, que intentó durante un instante averiguar de dónde provenía aquello.

No tuvo tiempo de más averiguaciones. Lo siguiente que Lenn escuchó fue una especie de rugido sordo y amenazador, que fue cortado tan repentinamente como había empezado aquel concierto animal. Puede que se hubiese escuchado un gañido de queja, pero no podría jurarlo. Pasaron unos instantes muy largos. No sabía si los músicos de aquella orquesta estaban ya vivos o muertos, pero Lenn consideró más prudente acelerar el paso hasta casi correr, aunque no sabía si se acercaba o se alejaba de donde todo había sucedido. Solo podía seguir el camino.

Tras una hora, le comenzó a doler una ampolla en el pie izquierdo. En realidad, le llevaba doliendo varias jornadas. Y lo que pensaba que pasaría en un par de días, se estaba prolongando más de lo que hubiera pensado cuando, hacía casi una semana, vio el estado de sus botas. Aquello hizo que Lenn se detuviese al amparo de un haya centenaria cuyo tronco estaba invadido por una hiedra de un verde brillante que ascendía por él, sabedora de dónde convenía arrimarse, como buen parásito. El manto de musgo en su base le sirvió de acomodo para descansar algo mejor.

Extrajo de su morral la manzana que le había dado la chica de la fonda. Le miró con ojos que le suplicaban que la llevase con él cuando le pagó el plato de sopa y el mendrugo de pan, con lo penúltimo que le quedaba. Esa sería toda su merienda de aquel día y pensaba disfrutarla. Aún no sabía cuánto quedaba de bosque ni si habría un sitio donde descansar allá adentro. Mientras comía con deleite su manzana, sin pelarla siquiera con la nimia navaja que llevaba oculta en su morral, su pensamiento escapó hacia el sitio hacia el que él mismo se dirigía. Se sorprendió pensando en lo que haría cuando llegara a Valdor del Camino. Imaginaba que el condestable de la ciudad le haría un sitio fijo en su cámara de juglares. Así debía ser, ya que nada más escucharle no podría dormir sin oír su voz haciéndole partícipe de una de sus historias de caballeros valientes que rescataban beldades de injusticias

en que estaban sumidas por afanes de viles barbudos, hijos de incestuosos azares. ¿O acaso podría intentarlo en el hogar del conde? Menos interesante, pero tal vez más prestigioso y seguro, si bien El Risco parecía un lugar menos deleitoso que Valdor.

Solo despertó de ese complaciente sueño cuando un zorzal dejó el resto de su digestión sobre la manzana que sostenía en la mano, salpicándole la pechera y haciéndole proferir un juramento de los que aprendió de su abuelo. No solamente le había enseñado a pararse y mirar a su alrededor de tanto en tanto, sino otros aspectos más prosaicos, como una retahíla de tacos y palabrotas que harían enrojecer a rudos marineros de pura vergüenza. No la tiró. Lamió el excremento y lo escupió. No estaba el mundo para tirar comida por esa nimiedad. Pero le despabiló, obligándole a levantarse del cojín de musgo y retomar el camino.

No eran días seguros para vagabundear por las sendas de Homeria: la carestía había hecho que proliferasen los salteadores y las caravanas tenían que dejar una parte de sus beneficios en contratar los servicios de milicianos que velasen por su integridad. O cuando menos que aparentasen que lo hacían. Así, los antaño habituales comerciantes solitarios, o agrupados en parejas, familias y otros numerales, eran sustituidos por auténticas caravanas de al menos dos docenas de integrantes, que estropeaban las calzadas a cada paso de sus gruesas ruedas y pesadas recuas. Pero siempre lo hacían en número suficiente como para protegerse por sus propios medios de los peligros del camino.

Lo que hizo detenerse a Lenn en el claro eran tres malencarados, malhablados, malolientes, malhadados, malhablados, malandrines y malcriados maleantes. Malos. El que parecía llevar la voz cantante era el más grueso del grupo, el único que se mostraba a Lenn en ese instante, y que avanzó hacia él, salido de la nada.

—Buenas tardes —anunció con una ligera reverencia que permitió ver una postilla enorme, herencia de alguna pelea, allí donde los gallos tienen su cresta.

—Buenas tardes tenga usted. —Lenn no creía que pudiera merecer ese tratamiento de respeto. Al hacer la reverencia había trastabillado y casi se cae a un lado.

—Buenas tardes —repitió nuevamente el recién llegado.

Tenía una leve cojera en su pierna izquierda, seguramente lo que le había hecho peligrar su equilibrio. Rollizo todo él, sus ropajes desmentían la elevada posición que sus educadas palabras pretendían evidenciar. Nada en ellos era limpio ni nuevo ni de buena calidad.

—Buenas tardes, en efecto. Y hasta más ver, ya que sintiéndolo mucho, tengo asuntos que resolver que me impiden quedarme aquí a charlar con todo aquel que me encuentre en el camino, por más que lo valga.

—¡Buenas tardes, maldita sea! ¡Buenas tardes he dicho! —Más que decirselo a Lenn, parecía estar gritándolo al interior del matorral. Pero al cabo de un momento le dedicó una torva mirada al notar que el matorral no le devolvía esas buenas tardes tan deseadas.

—¡Buenas tardes! No sabía que la gente fuese tan educada por estos lares...

—¡Bul, pedazo de boñiga de burro muerto, buenas tardes! ¡Buenas tardes! —Eran claros berridos en aquel momento lo que profería el saludador desconocido.

—Buenas tardes, repito. Pero no sé por qué aventurada razón me ha llamado Bul, ya que ese no es mi nombre.

En ese momento en que Lenn intentaba escapar de aquella especie de loco, Bul apareció aseándose las boceras con el dorso de la mano. Aterrizó en el claro de un salto desde una rama de un plátano cercano que temblequeó ostensiblemente cuando la abandonó.

—Buenas tardes, señor —miró de reojo a su compañero que tanto saludaba.

Tras el instante de reconocimiento, centró sus ojos saltones en Lenn, a la vez que desenvainaba una daga más sucia que afilada que aprestó hacia su frente. Ocupaba tanto bosque como tres Lenns juntos, aunque su cabeza, fea e inquisitiva, era mucho más pequeña que la del bardo.

Lenn ya no sabía si eran buenas las tardes o no. Comenzó a temerse una azotaina, un vapuleo y una noche más pasando frío sin su capa y sin las tres monedas de su saquillo que pudieran pagarle un fuego en alguna fonda.

—Buenas tardes, buenas tardes... Lo siento, Mandi. —Ese era otro que apareció desde detrás de un haya destocada a media altura. Era igual que el que cayó de la rama, pero con una enorme verruga junto a la ventana derecha de su nariz. Iba vestido con una sobrepelliza parda y sucia en vez del chaquetón sin botones gris ceniza de su hermano.

—Buenas tardes, señor. —Retomó la palabra el primero tras un bufido de resignación y se dirigió de nuevo a Lenn—. Qué agradable sorpresa encontraros por aquí. ¿Vais de camino a La Piedra, por un casual? ¿Cómo os llamáis, si no es indiscreción?

—Lenn, mi nombre es Lenn. Voy de camino al sur y tengo prisa.
—Empezaba a asustarse más de lo que le hubiera gustado.

—No hay razón para la prisa, señor. En estos días la prisa solo puede hacer que uno se caiga al suelo al tropezar. Y se le puede caer esa carga tan pesada si acaba tirado en el suelo —dijo señalando al hatillo—. Mi nombre es Mandi, Mandi de Ría, y los tres somos viajeros, como vos. Le presento a mis amigos y compañeros: Bul y Lars. Son hermanos, como podrá ver a poco que vos se fije. ¿Sabe?, creo que podremos hacer una buena obra si le aligeramos de su carga, pues parece que ese hatillo pesa demasiado para alguien tan liviano como vos.

—Gracias, señores, y encantado de conocerles, pero no me pesa. Lamentándolo enormemente les reitero que tengo prisa. En otra ocasión quizás tengamos un momento para conocernos mejor y hablar de Filosofía, si les place.

—¡Un filósofo! Lo que yo decía, alguien de condición tan elevada no está hecho para llevar pesos como el suyo. Lars, le ayudará. ¿Verdad, Lars?

Lars estaba mirando una mariposa negra posada en su brazo, pero, al oír a su jefe, volteó su cara a Lenn y mostró un mangual que llevaba a la espalda. Lo balanceó delante de él, embobado a medias por la mariposa, sonriendo sin saber por qué.

—Sí, claro. Le ayudaremos, señor, como Mandi dice.

—No es necesario, muchas gracias. Si no les importa, continuaré con mi peregrinaje.

—¡Además es un peregrino! Suma una labor espiritual a la de la inteligencia. Esta maravilla no puede dejarse pasar sin conocerla mejor, sobre todo su equipaje. —Bul se situó delante de Lenn y, a una seña de Mandi, la daga quedó a menos de un palmo de su pechera. El tono cambió: se hizo más ácido, amenazante—. No se lo diré más veces: ya sea un maldito vagabundo zolroxpasio o no, pose el hatillo en el suelo. Entonces, podrá continuar su peregrinaje sin problemas.

Ya empezaba a costarle tragar la saliva. Lenn valoraba si merecían la pena las tres monedas por su vida. Tres monedas, una vida. Tres eran más que una, pero ¿tanto más? No estaba seguro. Cuando estaba empezando a restar una de las monedas a la balanza mental en la que estaba sopesando las posibilidades que tenía, un gruñido se oyó tras Lars. Y no era la mariposa negra.

Era negro como ala de cuervo, pero al mismo tiempo era blanco. Negro en sus flancos y en el lomo, y blanco en el pecho, cabeza y patas delanteras. Era el perro más colosal que hubiera visto Lenn en toda su vida, con un pelaje largo y descuidado. Desde aquella colosal cabeza,

que estaba alzada a una altura de media braza, las babas pendían hasta el suelo. Si la pelambreira lo hubiera permitido habría visto que uno de los ojos era de un azul prístino y el otro de un castaño terroso. Pero que los ojos estuvieran velados por el flequillo de aquel animal le daban al tiempo un aire de peluche inofensivo y de malévolo asesino al que no se le podían adivinar las intenciones, precisamente por tener celada a la vista su mirada.

Gruñía. Rumiaba un sordo murmullo que se elevaba y descendía a la vez que su respiración, algo que atemorizaba a cualquiera que lo escuchase.

El discurrir del Maestro Tiempo pareció asustarse también y detenerse un instante, mientras esa estampa se grababa en los ojos verdes de Lenn. Ya no sabía qué le infundía más pavor: si la perspectiva del mangual y la daga de Lars y compañía, o el rezongo hosco del can lanudo que le miraba sin verle.

Quien estaba más cerca del perro era Bul que, al notar lo más cerca de su espalda que de su daga, no estaba seguro de a qué debía prestar su atención. Si quitaba de su vista al viajero, Mandi le iba a abroncar y no quería eso. Pero el perro no le gustaba. Hasta el momento, había tenido que vérselas con perros y siempre había ganado, pero eran del tamaño de gatos, no del pelo de ponis. Sin embargo, recordó en aquel momento que, cuando era más pequeño, sí que le había hecho daño algún perro. En concreto fue el perro faldero de la esposa del molinero, que no le dejó que fuese a molestar a su ama cuando la espiaba mientras se veía con el señor de las telas. Fue el primer día que había visto a una mujer sin ropa. El perro le mordió, de modo que maleó su espionaje mientras ladraba como un condenado. Menos mal que tenía la talla de un conejo mediano y aun así le dolió mucho. Tuvo el tobillo hinchado durante más de tres semanas.

Así que se decidió. No iba a quedarse sin pie. Si aquel animalillo le había hecho tanto daño, a saber qué podía hacer esa bestia. Tomó la decisión más rápida de su vida, confiando en que era la más segura también. Bul se volvió cara al animal, dejando a Lenn delante de Mandi y de su hermano Lars que, atontado como siempre, no se meneó en lo más mínimo, esperando a que los otros hiciesen algo que le indicase cómo tenía que moverse él.

El giro hacia el perro hizo que su navaja pasase de estar delante del pecho de Lenn a situarse a pocos dedos del hocico del animal. Ese fue el mayor error de todos.

En cuando vio un objeto amenazante en su cara (¿cómo pudo verlo con esa cortina de lana delante de sus ojos?), de un zarpazo se

deshizo del abrecartas de Bul. Lo que pasó luego sucedió tan deprisa que Lenn no pudo advertir más que el resultado final: Bul en el suelo con el brazo derecho sanguinolento y colgando de una manera desarticulada de su tórax, Mandi corriendo como si la peste le siguiera y Lars a unas cuantas brazas de su mangual, que había ido a caer lejos, en el sotobosque, sujetándose la rodilla izquierda que había resultado rota bajo la prensa de la mordida del perro, gritando a un volumen como el de la mujer del molinero, pero por razones distintas y con un tono algo distinto también.

Mientras todo eso sucedía, Lenn, temblando como un pámpano en un vendaval, no hizo más que encogerse todo lo que pudo para evitar que alguna de sus extremidades pudiese acabar también desmenuzada por los dientes de esa cosa hirsuta de colores tan opuestos. Al cabo de un instante se encontró delante del bruto que le miraba con aparente poco interés. O tal vez no, era imposible saberlo tras aquel dosel de pelo.

El perro, serio, si es que podía estar así aquel monstruo, solamente se había situado ante él, todo él, enorme. Inclina la cabeza hacia un lado y otro alternativamente, de modo que parecía estar dilucidando si también acababa con aquel entremés que era Lenn. Las fauces del animal goteaban sangre de bandido que no se molestaba en relamer. Más allá de ese goteo, no producía ruido alguno, lo cual aterraba aún más a Lenn.

En esas estaba, decidiendo si estaba mejor con ese demonio que con los tres delincuentes previos, cuando apareció en el claro un viajero que caminaba limpiando de la hoja de su espada lo que parecía sangre. Cuando se encontró a poco más de un pie de distancia de Lenn dio la hoja por limpia y la enfundó. En ese momento pareció darse cuenta de la presencia de Lenn y se detuvo. Le miró de arriba abajo y luego de abajo arriba. Seguidamente, se alejó un par de pasos, para que entrase todo Lenn en su campo visual, y ladeó levemente su cabeza, embozada en una caperuza azul marino gastada y con bolas de la lana colgando. Luego dirigió su mirada y su voz, que sonó grave, rasposa y cavernosa, como si naciese de las tripas de aquel hombre, al perro:

—Dominó, ¿qué has hecho? Espero que no os haya causado daño alguno. Si así fuera, no podría compensaros, lo siento —añadió, dirigiéndose, esa vez sí, a Lenn.

—¿Dominó? ¿Así se llama esta, este... esto? ¿Qué tipo de animal es? Nunca había visto nada igual

—Es un perro, creo, nunca se lo he preguntado. Somos compañeros de viaje, pero no hablamos demasiado. ¿Os ha provocado algún quebranto?

—No, no. Siendo sincero, creo que me ha ayudado, de hecho. Gracias, señor...

—A mí no, a él. Buen camino. —Dicho esto, prosiguió su caminata.

Lenn se pasmó. Y tembló aún más cuando Dominó pasó por su lado, en pos del viajero, dirigiéndole un leve bufido. Ambos abandonaron a Lenn en el claro, que quedó sosegado mientras veía alejarse a su salvador y a su dueño o compañero de viaje, como se había presentado. Nada más que los restos de los salteadores permanecían aún allí, llorando, lamentándose, mirando al perro como si fuera el mismísimo Marwoll.

¿Tendría algo que ver aquel hombre con los aullidos que había escuchado poco antes? La sangre que vio y desapareció de su hoja no anunciaba una profesión pacífica. Podía ser lo que quedaba del animal que había emitido los gritos escalofriantes poco antes. En aquellos días, todo aquel que no le atacaba a uno podía ser considerado como buena persona. No todo enemigo era antes un amigo, pero más valía un desconocido quizá enemigo que unos enemigos desconocidos, pero probables.

Decidió que un viajero armado que no le había causado contrariedad alguna, cuando podía haberle abandonado en pelota y sin un dinero encima con solo sugerirle a su animal que le ¿mirase?, y que, además, le había librado, aun involuntariamente, de aquellos bandidos, no podía ser mal compadre de viaje. Estaría más seguro con él que solo. Además, iba en su misma dirección. Así que apresuró sus pasos y fue en pos del caminante encapuchado y de su terrorífico compañero.

—¡Esperad, esperad! ¿Os importa si os acompaño? Voy hacia allá también y no soy mal conversador.

—Yo no converso —dijo el viajero desconocido sin mirarle, mientras se daba palmadas en el muslo izquierdo, algo que debía significar un mensaje para el perro, que alzó el hocico y se acercó a ese muslo—, solo camino.

—No hay problema, yo conversaré por los dos. Tengo conversación de sobra. ¿Sabéis? Mi nombre es Lenn, de oficio oficial, Maestro Contador de Historias y oficioso, de cualquier otra tarea que sea capaz de poner un mendrugo en mi plato y mi maltrecho cuerpo en un lecho más blando que el rudo suelo de una cuadra. Puedo contaros las Mil Historias de...

—Vale, vale. Si quieres ven, pero calla.

Había pasado a tutearle tan repentinamente que Lenn no sabía si era buen o mal síntoma. La muestra de confianza súbita e inesperada

lo mismo podía ser un buen augurio que un funesto auspicio. Prefirió pensar que era un prometedor anuncio, porque eso iba más acorde con su intención de continuar caminando con él. Y siguió al flanco del peregrino en el que no caminaba el perro, para el que parecía que Lenn, gracias a los dioses, no existía.

En realidad, no era así. Había sido iniciativa de Dominó socorrer a aquel incauto del ataque de los salteadores, a saber por qué. Parecía que su amigo había pensado por los dos cuando lo hizo. Tenía a sus perseguidores cada vez más cerca y sabía que lo que buscaban era un hombre caminando con la única compañía de un perro grande. El encuentro con los lobos de aquella mañana, seguramente enviados por el mago del conde, auguraba que el cerco se estaba estrechando. Algo debía cambiar en su rutina para evitar a sus hostigadores. Era posible que, si cambiaba el número de miembros del grupo objeto de caza, resultase más sencillo cruzar aquellas tierras tan hostiles y tan cercanas a su enemigo.

Tal vez para entonces, si algún hado le era propicio o si tenía fortuna o si cumplía con su causa de manera adecuada, hubiera hallado al Viajante, a quién tanto tenía que preguntarle. Tanto por lo que buscarle. Tanto que hallar si al fin lo encontraba.

Era posible que él ya hubiese dado con el Libro y tenía que averiguarlo antes de continuar con su peregrinaje, que parecía no tener fin a lo largo y ancho de todas las tierras de Homeria. No había tenido éxito en sus pesquisas y el alma le dolía más con cada paso que daba.

Había cabalgado a lo largo de las Llanuras Ardientes, había navegado por los Mares Circundantes con tempestades que habrían hecho vomitar a marineros de toda la vida, había cruzado las Montañas Negras hasta alcanzar el Ignoto, había transitado por el Cenagal del Hambre y respirado sus miasmas. Todo sin resultado. Y pese a su gusto por la soledad, comenzaba a advertir que esta influía en que su descreimiento creciera por días, en su cada vez mayor falta de fe en su empresa, inmerso en aquellas tierras malvadas llenas de hombres malvados a los que solo el Libro podría ayudar a vencer. Así tenía que creerlo.

Tenía que lograr evitar a aquellos que le perseguían. Tenía que encontrar al Viajante pronto. Y por molesto que pudiese resultar, aquel hombrecillo le resultaría útil en tal empresa. En todo caso, si llegaba algún día su molestia a superar su utilidad, con acabar con él ya estaría todo arreglado. Ningún problema era irresoluble al punto de que la muerte de aquel que lo instiga no lo paliase de algún modo.

—¡Vamos, Dominó! —El viajero se palmeó de nuevo en el muslo y aceleró el paso, ignorando a Lenn por completo—. Tenemos que salir cuanto antes de este maldito bosque.

02. OPORTUNIDAD PARA EL DESCANSO EN LA PIEDRA

La Piedra, ciclo Senescente del año 3468 tras la Gran Caída

Habían abandonado el Bosque sin Nombre hacía tiempo y, aunque aquello supusiese una maravilla mayor que ver en aquel momento un dragón saliendo de entre las nubes, Lenn advirtió que el viajero aún no había abierto la boca. El silencio le acompañaba como su sombra, sin esfuerzo, de modo consustancial. De hecho, Dominó había prestado más atención a Lenn que su dueño o compañero de viaje. Una media hora después de comenzar a caminar a la vera del hombre, Dominó se cambió de lado y se puso junto a Lenn, amblando acompasada y pesadamente, lento pero seguro. No producía más sonido que apenas un susurro al cambiar de pata de apoyo, pese al enorme tamaño de aquellas pezuñas.

Aún no estaba seguro de saber bien qué había sucedido en el bosque. ¿Le ayudó el perro o su amo? No parecía que un animal, por más que fuese como aquel, pudiera desembarazarse como lo hizo de tres ladrones con pésimas intenciones. Aunque tampoco parecía que aquel hombre hosco y reservado fuese capaz de mover un pelo de su cuerpo para ayudar a nadie, aún menos a él. Había sido como cosa de magia, pero no había rastro alguno de hechiceros por la zona. Sin embargo, ambos eran una agradable eventualidad surgida de algún sitio que le harían la marcha más entretenida.

Lenn continuó parlotando sin pausa durante un rato más, hasta que cayó al fin en la cuenta de que su colega de viaje no le iba a responder. A partir de ese momento, calló él también. El camino discurrió más rápido y la anochecida les sorprendió más allá de lo que hubiera alcanzado a imaginar que llegaría en esa jornada. En lontananza se

adivinaban ya las Montañas del Corte, con sus picos eternamente níveos. El viajero, sin decir nada, se apartó de la senda para dirigirse a un grupo de casuchas que estaban a dos tiros de piedra, al este.

En ese breve lapso de tiempo, desde que dejaron a un lado el Camino Real hasta que alcanzaron la primera casa, una cabaña de mampostería con tejado de paja y adobe, Lenn se dedicó a observar con detenimiento a su acompañante.

Era más alto y corpulento que la media. Un altiricón que se veía como justamente lo opuesto a él, que tenía piernas tan finas como un junco temprano de río. Sobre el capuz añil con sobrecapa, raído por efecto de la lluvia y el viento, llevaba en bandolera un zurrón de piel oscura, pelo corto y duro, con una extraña cerradura con un agujero en el que no cabría ninguna llave de las que Lenn conocía. Calzón negro, más holgado que ceñido, que, sin embargo, dejaba entrever unas piernas fuertes, acostumbradas a caminar y a levantar pesos importantes. Un cinturón de piel de carnero gris era el único lujo que se permitía, que dejaba asomar la empuñadura de algo que lo mismo podía ser un machete como una navaja o una falcata, dado que la capa no dejaba ver el tamaño de la hoja, solo su empuñadura sujeta por el cinto. Las botas, de un tamaño extrañamente menudo que no casaba con el del resto de miembros de su dueño, habían conocido mejores días y seguramente necesitarían suelas nuevas en cuestión de pocos días. La capucha, que hacía innecesario el habitual sombrero de todos los caminantes bajo los cielos, la llevaba habitualmente puesta, de modo que no se le veía ni el pelo ni los ojos ni prácticamente nada de su rostro, excepto la boca, que parecía permanentemente enfadada, dejándose ver rodeada por una cerrada pero cuidada pelusa sin segar desde hacía días. Hasta que no se descubriera, no vería con claridad cómo era su socio. Confiaba en no asustarse cuando pudiera verle en detalle y de cerca.

Lenn estaba esperando a que se detuviera para reemprender con su acompañante la aventura de una conversación que había demostrado, hasta entonces, no ser deseada. Su pareja se detuvo y, tras mirar en derredor con detenimiento, reemprendió la marcha, adentrándose en la aldea, hacia un peñasco del tamaño de tres dragones juntos que presidía la plazoleta ubicada en lo que parecía ser el punto céntrico del poblado. Estaban en La Piedra. Allí se toparon con un vecino, al que el viajero sí se dignó en dirigirle la palabra. Dominó no dijo nada. El viajero detuvo al aldeano estampándole la mano en el pecho. Con más miramientos de los que cabía suponer dada la brusquedad del gesto, dijo:

—Buenas tardes, señor. ¿Sabe de algún lugar donde un viajero pueda pasar la noche y calentarse ante un fuego, por un precio justo?

El lugareño le observó cuidadosamente, calibrando qué tipo de respuesta le convenía dar a alguien con la apariencia de quien le preguntaba. Decidió optar por ser servicial, que no educado, puesto que, al fin y al cabo, con él no lo habían sido. Señaló hacia una choza que tenía peor catadura que las vecinas, aunque de mayor altura. Luego escupió en el suelo, a medio palmo de distancia del pie de Lenn, que saltó hacia el lado contrario, asustado. Acto seguido, el hombre se giró y continuó su camino.

Su compañero se tocó la parte delantera de la caperuza en un sutil e innecesario guiño de agradecimiento y viró hacia donde le indicaron. Lenn, que sintió que era tan insignificante como una gota de agua en un torrente, únicamente siguió los pasos del viajero y el ambleo de Dominó.

En el interior de la posada, si es que lo era, casi había menos luz que fuera, donde ya estaba próxima la noche cerrada. Una mísera bujía colgada de un hachón alcanzaba a dar vida en un radio de varias brazas, no más de tres. El resto de la sala estaba sumergida en una oscuridad leve pero densa, mezclada con el polvo del camino que cada movimiento de los parroquianos hacía levitar. En la zona iluminada se situaba un tablón de más de tres dedos de grueso sobre otros tantos tocones, sin nudos, pelados hacía años y con marcas de botas en su pie. Sobre el tablón se acodaban cuatro personas: dos de ellas sobrepasaban la cincuentena y los otros dos eran de edad indefinida, que lo mismo podía ser poco más de veinte, que rebasar de largo los cuarenta. Ninguno alzó la vista cuando entraron los dos viajeros en la fonda.

El encapuchado, y Lenn también por pura inercia, se dirigió a la única de las mesas (más tarde advirtieron que había seis) que se dejaba vislumbrar por gracia de la ínfima luminaria y se sentó. Más bien se dejó caer, igual que hizo con su bolsa, que cayó a su derecha. Lenn disponía a sentarse, cuando notó que aquel que comenzaba a llamar su amigo, dado que aún no había intentado matarle ni robarle, se había dejado la puerta abierta. De modo que, educadamente, se dispuso a reparar ese olvido y cerrarla. De repente, un cepo le atenazó el brazo. Al final del cepo estaba su compañero de viaje, que le impidió cerrar la puerta.

En ese momento, Dominó entró en la estancia y el brazo de Lenn de nuevo fue libre. Con el hocico a palmo y medio del piso, una mezcla de barro pisado con losas robadas del Camino Real, Dominó arrastró sus zarpas, sin hacer ruido, hasta el banco donde ya aguardaba el viajero. Al llegar a su lado, irguió el hocico, venteó y se dejó posar sin levantar una mota de polvo, algo que se antojaba imposible visto todo el que había en aquel suelo.

Aguardaron un tiempo que a Lenn se le antojó eterno, hasta que una muchacha, con la cara picada de viruela y dientes que pugnaban por alejarse unos de otros, se acercó a ellos con una bandeja bajo su axila. Ningún pedazo de tela protegía a la axila del contacto con la bandeja o a la bandeja del contacto con la axila.

—¿Habría sitio para pasar la noche y algo para comer, con un poco de vino para que pase mejor? Para uno. Y algo sin vino y con más mejunje para mi perro. Cualquiera cosa que no esté basada en fruta.

—Para dos, mejor —se adelantó Lenn antes de que la chiquilla, a la que ya le quedaba poco para dejar de serlo, hablase.

—Comida y bebida hay, si pueden pagarla —miró extrañada a Lenn, como si le hubiese sorprendido que fuese capaz de articular palabra o le hubiera molestado que la interrumpiera justo cuando iba a hablar ella—. Para dormir, tengo que preguntar al dueño. Ahora cuando les sirva les digo si hay algún jergón libre. El perro —miró con una mezcla de temor y curiosidad a Dominó—, ¿también necesita un sitio para dormir?

—No, para él no es necesario nada para dormir. Duerme sobre el suelo, a mis pies, gracias. Aquí esperamos. Y una jarra de agua también.

La camarera se marchó, echando alguna que otra mirada furtiva atrás mientras se iba, franqueaba el tablón-mostrador por debajo de los tocones y entraba en lo que parecía ser la cocina.

El viajero cruzó los dedos de las manos, todos excepto los pulgares, que enfrentó entre sí. Acto seguido apoyó la barbilla en los pulgares, quedando así con la mirada perdida entre algún lugar de la superficie de la mesa, cepillada toscamente, sin barniz alguno, pero limpia.

En ese momento, se quitó la capucha y Lenn pudo observarle por vez primera sin elementos que estorbaran, con todo el detenimiento del que alguien como él era capaz, que era poco. Nunca centraba su atención en un solo objeto o persona por mucho tiempo.

Su socio era de pelo castaño o pardo, con un ligero tinte rojizo, tal vez herencia de algún antepasado norteño, ni largo ni corto, ni liso ni rizado, y perennemente desordenado. Unas cejas pobladas, pero extrañamente finas, enmarcaban un par de ojos de color avellana que parecían no abrirse nunca en su totalidad. Observaban su alrededor parcialmente, dando la impresión de que se reservaban su opinión, que no se mostraban del todo tal y como eran. Todo lo veían, mas nada decían: eran unos ojos tan mudos como su dueño, imposibles de descifrar y, sin embargo, tan comunes como sus propios ropajes. Su nariz era, como el resto de la cara, chata, rotunda, nada estilizada y le confe-

ría un rasgo de vulgaridad a su poseedor. El asomo de barba rodeaba también una boca que, como los ojos, no se abría del todo casi nunca, como una buena muestra de la escasa conversación reinante entre los dos recién conocidos. Era como si tuviera temor de que sus palabras se escapasen sin permiso. Si hubiese dejado ver sus dientes, Lenn hubiese apreciado que estos eran levemente desiguales entre sí y no formaban un conjunto armónico, pero sí aparentaban compacidad y resistencia. Estaban extrañamente limpios para lo que solía verse en gentes de esa calaña y, las pocas veces que dejaba verlos, le daban el único carácter travieso y achiquillado a su dueño. Una cicatriz, legado de alguna enfermedad cutánea o de un accidente metálico, ocupaba parte del hueco que la barbilla roma conformaba con el cuello, fuerte y macizo, en el que se apreciaban unas venas que simulaban estar a punto de estallar, como las que habría en el de un toro bramando al llegar al cadalso. El conjunto era intimidatorio a más no poder y casi hizo a Lenn arrepentirse de haberse unido a él.

Tras recomponerse de aquella mirada, la locuacidad de Lenn no pudo esperar más.

—Bueno, pues aquí estamos.

Silencio.

La chica trajo el pedido y puso a cada uno la comida delante, incluso de Dominó, curiosamente sin temor alguno en sus maneras. Se limpió la mano en un paño que pendía del cordón que anudaba su cintura y se marchó.

—Pues sí, aquí estamos. Y tiene buena pinta esto... Hacía al menos dos semanas que no comía tan bien como parece que está esto, este..., ¿qué es esto? —Lenn introducía la cuchara en la escudilla y la levantaba dejando caer parte de su contenido. Parecía que el caldo se tragaba las gotas que en él caían, sin salpicar una sola gota.

El viajero se movió. Separó las manos y alzó la barbilla. Manejó con cuidado su morral (a Lenn le pareció que soplaba en la extraña cerradura con el agujero circular) y extrajo de él una bandeja con fondo alto, sobre la que vertió agua y que puso junto a la comida que Dominó tenía delante. El perro gruñó agradecido y se dispuso a cenar. Primero bebió y luego atacó la comida. Todo era muy extraño. Lenn no había visto nunca a un perro que, ante agua y comida, fuese primero a por el agua. Una más de las maravillas del día.

—Estofado de jabalí, juraría. —Por fin el viajero habló, aunque más bien parecía que se dirigía a sí mismo que al asombrado Lenn.

—Sí, eso mismo pensaba yo, jabalí, claro. Es justo lo que iba a decir ahora mismo. Una vez comí un jabalí recién capturado por el señor

de Ventogrís, que lo había abatido de un solo golpe de lanza, según decía. Lo aderezaron con bayas, comino y laurel. El aroma se unía en el paladar con la miel que lo bañaba, ajos tiernos y champiñones recién cortados. Se deshacía en la boca, estaba tan tierno que más parecía cordero lechal que jabalí. Y de postre... —Cuando apreció que su amigo le ignoraba y se ocupaba únicamente de su comida, contuvo sus palabras un instante. Luego prosiguió—. Bueno, me llamo Lenn, ¿y tú? —Decidió que ya que él le había tuteado, tenían confianza como para usar ambos el mismo tratamiento.

—No te vas a callar, ¿verdad?

—Bueno, siempre me ha parecido más agradable el condumio si va acompañado de una placentera charla. Recuerdo una vez que estuve en el acogedor palacio de Lord Bruinnel, que es un gran conversador, y me dijo que...

—Córnel, mi nombre es Córnel.

—¡Qué bonito nombre, Córnel! Conocí un Córnelio, años ha, que era un extraordinario tapicero más allá de las Montañas del Corte. No había tapices como los suyos, que era capaz de vender por más de 100 pesos e incluso 200 alguno de ellos. Siempre me agradó el nombre, tan sonoro, tan señorial. Córnelio, sí señor. Córnelio de Lorences, era su nombre, bordado siempre con cuidado en sus tapices. Le recuerdo además por aquella hija tan obsequiosa y hermosa, de un pelo bermellón y ensortijado, tan dulce como amable. Tan hermosa como...

—Solo Córnel. No Córnelio y sin apellido.

—De acuerdo, entonces: Córnel sin apellido.

Tras lo que a Lenn le pareció una centuria entera de callada espera, obligada ante el brusco comentario de Córnel, este levantó la mano y le dijo:

—¿Hay pan?

—No, no lo ha traído la chica. Se lo pedimos... ¿Hola? ¿Puedes traernos un poco de pan de maíz? —gritó hacia la muchacha, que asomaba por la puerta con una bandeja del mismo humeante estofado para otra mesa vecina. Ella asintió desde lejos y se volvió.

Córnel acarició el lomo de Dominó y este ronroneó como lo haría un gatito de 150 libras, tan ronco y pesado como un caballo que estuviera manifestando su agradecimiento por una golosina que le acabarían de dar.

—¿Hacia dónde os dirigís? —Volvió, sin pretenderlo, al tratamiento de respeto, acostumbrado como estaba Lenn a dicha delicadeza, habitual en las cortes en que se movía y que fluía de él de manera involuntaria—. En días como estos es un riesgo vagar por los caminos

en solitario, aunque vos parece que os protegéis, y resueltamente además. Claro que depende de aquello a lo que uno se dedique. Si sois comerciante, no os queda otro remedio que deambular de un lugar a otro, hasta allí donde el comercio os brinde mejores oportunidades de negocio. Si sois mercenario —enarcó sus cejas—, seguro que hay bellas damas y atribulados padres a quienes proteger de las incidencias de un vagar inconstante.

—Solo camino al sur. Y mi destino e intenciones no son algo que te incumba.

Este nuevo cerrojo a la charla molestó a Lenn, que se concentró en su escudilla y el contenido de esta, que estaba más sabroso de lo que podía adivinarse inicialmente solo con mirarlo.

Pero no podía permitirse el lujo de prolongar su enfado, así que volvió de nuevo a la carga, atacando con su siempre fresca conversación:

—Mis intenciones son llegar a la Corte del Valle Plateado, a la ciudad de Valdor, para entrar a formar parte de la legión de artistas a sueldo del gran Mecenas. Si no le resultase inconveniente, en caso de que nuestro destino solape los itinerarios al menos un tiempo, me gustaría contar con vuestra compañía para el trayecto, que siempre me resulta más placentero si no es en soledad. Ya está, ya lo he dicho...

Lenn se enfurruñó tras la presentación de sus propósitos, como un chiquillo malcriado al que le acabaran de arrebatar su regalo de cumpleaños por no cumplir con sus tareas. Su compañero de mesa continuaba pausado y tranquilo con la cena. Casi había acabado su ración, sin hacer caso alguno a la oferta.

Pero aquel día habían estado a punto de robarle todo lo que llevaba consigo o quién sabe si algo más. Y tres días atrás tuvo que esconderse durante horas de otra tropa de bandidos que pretendía algo parecido. Tenía que intentar quedarse con aquel bruto y su perro.

—Podría amenizar los pasos con mis canciones. Canto muy bien, según dicen, y tengo un repertorio más extenso que la Gran Biblioteca de Medulia. Desde cantos de caballería y aventuras hasta bellos romances para agradar a las damas o a un alma sensible. Todos ellos fluyen de mi garganta hacia los oídos agradecidos sin un gallo ni mal tono que los entorpezca en su viaje. —Hizo un último intento—. Y compartiría mi alimento con mi compañero de viaje, si lo tuviera. Compañero, no alimento, que de eso seguro que siempre iré bien provisto, gracias a mi generosa bolsa. —Confió en que esa exhibición de poderío económico que acababa de inventarse inclinara la balanza hacia él.

—Si te callas un poco y a Dominó no le molesta, puedes caminar con nosotros.

—¡Oh, claro! Creo que es una lástima, ya que según cuentan, mi voz es clara como el cristal mejor soplado, pero el silencio también puede ser bello si el paisaje se presta a ello. No hay problema alguno si el señor prefiere la meditación y tranquilidad a la belleza del canto y la agudeza del ingenio bien afilado presente en otras de mis composiciones, que han encandilado los ánimos de caballeros fogosos y sonrojado a damas púberes. Pero si vos preferís este tipo de baladas, no habría problema alguno en que os regalase los oídos con composiciones de ese cariz. O me callo y solo caminamos. Como preferáis.

No sabía qué impulsaba a Lenn a parlotear de aquella manera y a tratarle de vos cuando él mismo le tuteaba. Había algo de distinguido en sus maneras, latente en su fondo, que hacía que el tuteo no fuese apropiado para aquel hombre misterioso. Lenn no sabía cómo dirigirse a él y esto le desconcertaba, ya que era algo que no le sucedía nunca, que recordase.

Normalmente sabía cómo tratar a las personas, ya que ese era uno de sus puntos fuertes: tenía que conocer a las gentes, saber qué les gustaba para poder ofrecérselo y así vivir de ello. Pero a este no sabía qué darle, qué ofrecerle, qué podría gustarle o necesitar. Era como si no precisara nada, o al menos nada que Lenn pudiera ofertar.

En ese momento, la chica le rescató acudiendo en su ayuda con su sola presencia. Irrumpió en su conversación, si así podía calificarse lo que tenían, sin preocuparse por lo que ello podía conllevar. Se veía que estaba acostumbrada a interrumpir a las personas, a cortar sus charlas, algo, sin duda, heredado después de años tras aquel toscó mostrador.

—Me ha dicho el dueño que hay lugar para dos más en la sala de arriba, en la segunda habitación que encontrarán en el pasillo. Así que, si les conviene, pueden quedarse por esta noche. Son dos reales, uno por cada uno. Ya está contada la cena.

—De acuerdo. Me quedo. Mañana saldremos a primera hora, con el alba. Prepárame algo de ese asado con una hogaza de pan para llevar y añadiré dos cuartos más a mi parte.

—Para mí no será necesario —Lenn estaba recordando en esos momentos lo exiguo de su bolsa—. Dado lo generoso de esta sabrosa cena, creo que no tomaré nada para desayunar mañana al amanecer. Así que yo te daré un solo real que, por otra parte, considero que es suficiente pago para lo que nos habéis dado, dicho sea esto sin menospreciar en absoluto la calidad de esta insigne posada. —Ya solo le quedarían dos monedas en su bolsillo tras aquello.

—El dueño me indica que habréis de pagar ahora, si es que queréis quedaros, señores. Los días no son buenos para fiar a los desconocidos.

Córnel, sin mirar a la muchacha, extrajo tres monedas de su zurrrón y las dejó encima del tablón sobre el que estaban, junto al pote ya vacío. Mientras la camarera comprobaba el importe, que era el justo, Lenn comenzó a investigar en su hatillo, con exagerados ademanes y comentarios zafios sobre dónde se escondían las cosas cuando uno las estaba buscando, pese a todo el esfuerzo que uno hiciera por hallar la pérdida. Tras unos instantes de infructuoso examen de su morral, la zagala se dio por vencida y se marchó con las tres monedas de Córnel, ante los gritos procedentes de la cocina que parecía que la reclamaban.

—Como no pagues tu parte, no creas que seré yo quien lo haga. Y si así lo hicieras, mañana no caminarás conmigo.

—¿Cómo podéis pensar algo así? Por supuesto que voy a pagar la cuenta. Bueno, más bien lo que me corresponde de ella, dado que la chica ha puesto igual rasero para todos. Mientras que yo solo he ingerido el contenido de una escudilla de un estofado frío y gotoso, vos habéis comido vuestra parte y el perro ha comido también lo suyo. Y mañana os dará un refrigerio para el camino... Y todo eso por solo dos cuartos más de lo que a mí me reclaman. Además, el servicio dejaba bastante que desear... ¡Ni que nos hubieran dado tenedores furtivelianos! No, eran las míseras, comunes y rancias cucharas de siempre. Pero no os turbéis, tengo en mi bolsa dinero suficiente para esto. Y, dicho sea de paso, ¿por qué extraña razón y aventurado interés vinculáis nuestra permanencia como pareja de caminantes a que yo sea persona de buen pagar, al menos en este caso?

—No trato con maleantes que no pagan sus deudas.

—Siento disentir de lo que decís, pero no estáis hablando con ningún maleante, como parece que estáis dando a entender. Provengo de antigua y noble familia. Mi educación ha sido esmerada y profusa. No acometo consumiciones que no sea capaz de abonar con mis propios medios. Y por supuesto que pago mis deudas, sean cuales sean..., lo más pronto que puedo. —Dejó de disimular y sacó uno de los tres reales que tenía en su bolsa, a los que llevaba dando masajes entre sus dedos desde hacía un tiempo—. De hecho, aquí tenéis lo que se me dice que adeudo por esta exigua pitanza.

Elevó la mano con el real en ella hacia la moza, que en cuanto advirtió que iba a ser pagada, rápidamente acercó su rechoncho cuerpo, embutido en un grasiento vestido, hacia los dos comensales. Recogió la moneda con una leve inclinación de su cuerpo y se perdió tras la

puerta de la habitación que hacía las veces de cocina. Tal vez no lo fuese, pero era de donde había surgido la cena que acababan de disfrutar.

—¿Contento?

Su compañero ni siquiera le dirigió una mirada de respuesta ante la pregunta, que sabía retórica, y le ignoró por completo, centrando su atención en el fondo de la sala.

Al ver que no obtenía respuesta en aquel nuevo intento de establecer una tertulia, Lenn dirigió su mirada al mismo punto al que parecía hacerlo su compañero de mesa, al lado opuesto de la habitación. Córnel hacía rato que mantenía sus ojos fijos en una esquina de la cámara, donde se hallaban unos entontecidos clientes tomando algún líquido en unas jarras mordidas y regalando vistazos esquivos y ocasionales de tanto en tanto a la pareja recién llegada a la población. Lenn sabía que todo lo nuevo es noticia y, por ello, motivo de curiosidad. Pero su amigo parecía no ser tan habitualmente objeto de la atención de la gente, de modo que el repaso al que estaba siendo sometido parecía inquietarle.

Debido a ese examen o por otra razón insospechada, en ese mismo momento y sin mediar palabra alguna, Córnel se levantó renqueante y pesado cual anciano. Rozando levemente la cabeza de Dominó posada en el suelo, se dirigió a la puerta con el perro tras él, agitando la cola de lado a lado.

Lenn quedó solo en la mesa y dedicó unos instantes a pensar en su situación actual. Se encontraba en el camino que había iniciado unas semanas atrás, cuando partió de Molienda dirección a Valdor del Camino, donde esperaba hacerse una carrera como bardo al servicio de alguno de los pudientes de la ciudad. En el trayecto había compartido viaje con un comerciante de telas sordo de un oído, que intentó hacerle un traje y al que distrajo las calzas que en aquellos momentos llevaba puestas. Y más tarde con un dentista itinerante, que viajaba de sitio en sitio con una carreta en la que acopiaba multitud de ungüentos y afeites. Cobraba a precios desorbitados cuando trataba a algún incauto que acudía a su carreta, presa de dolores que le atenazaban y no permitían su sueño. Con este acabó peor, ya que cuando intentó robarle una pomada para sus doloridos pies, que antes había intentado pagar con canciones sin alcanzar un acuerdo, le sorprendió con la mano en su alacena. Presto sacó su látigo y amenazó a Lenn con él. No pudo hacer otra cosa que, sin pararse a discutir sobre su inocencia o culpabilidad, escapar tan rápido como sus pies dolientes le permitieron. Después deambuló dirección sur durante varias jornadas, solo, viendo como sus provisiones y monedas disminuían, teniendo problemas en

cada aldea que cruzaba, comiendo bayas y frutas de los arbustos que hallaba a la vera de su itinerario. Hasta que encontró, en realidad le encontraron a él, a Dominó y Córnel, en ese mismo orden.

En esas se hallaba, sin haber decidido nada aún sobre si estaba mejor solo o acompañado, cuando un aullido estremeció toda la fonda. Se escuchó como si el lobo del que procedía estuviera a dos pasos de la entrada al local. Los parroquianos temblaron desde el primero al último, incluyendo a la camarera, que dio tal respingo que derramó parte de la cerveza que estaba llevando a uno de los habituales de la venta. En la mente de Lenn se dibujó un lobo del tamaño de Dominó. ¿Habría sido el perro el que produjo aquel infame sonido que acababa de perturbar los pensamientos de Lenn? Esto hizo que la decisión que estaba pendiente de tomar adelantase camino y saltase a la parte del cerebro de Lenn que decretaba qué hacer: se quedaría con Córnel y su perro..., si es que no era este quien había aullado de aquella manera.

Córnel volvió en ese momento a la estancia, con Dominó tras de sí. Lenn comenzó a asaetearle con preguntas sobre el aullido. Cuando las cuestiones llegaron a si había sido Dominó el que aulló de ese modo, Córnel le dirigió una mirada de desprecio (¿o tal vez de amenaza?). Recogió sus pertenencias, que aún estaban junto al banco donde habían cenado y, con una palmada en el flanco del perro, se dirigieron ambos a las escaleras que comunicaban la sala con las habitaciones destinadas a los huéspedes en el piso superior.

—Daría gracias a todos los posibles dioses de todos los posibles mundos si aquellos que me siguen fueran únicamente un rebaño de pacíficos lobos. Esos únicamente podrían devorarnos —dijo Córnel.

El viajero misterioso dejó atrás a Lenn, aún más agitado que antes. Encaminó a Dominó por delante de él con un nuevo toquecito en la pata trasera del perro y abandonó la estancia camino del merecido descanso nocturno.

¿Por qué había usado el plural cuando hablaba de que esos supuestos lobos *podrían* utilizarlos como cena, si primeramente se había referido a él nada más al mencionar que era objeto de una cacería? ¿Ya estaba considerándole como alguien perteneciente de pleno derecho a su grupo de viaje, a su caravana de dos miembros? ¿Y quiénes eran aquellos que estaban acechando a Córnel? ¿Era una persona religiosa ese Córnel, dado que acababa de referirse, no a uno, sino a todos los dioses y de todos los mundos? ¿Qué más mundos conocía ese personaje? ¿Y qué más mundos había bajo el cielo de todos? Lenn únicamente conocía el que pisaba cada día y no había oído historia alguna de otro que no fuera ese. ¿Pertenece acaso Córnel a la Orden de los Malde-

cidos? Se rumoreaba que bebían sangre humana mezclada con leche de una madre primeriza para su sustento, sin reparar en a quién tuvieran que sacrificar para obtener tan escaso alimento. ¿Tal vez estos le estuvieran buscando? ¿Y si les hallaban juntos? ¿Qué podrían hacerle a él?

Agitó su cabeza y siguió a Córnel.

El aullido de algún lobo se escuchó de nuevo.

Una rata que cruzaba el pasillo, que conducía a la habitación que les habían indicado para dormir, se quedó paralizada. Imposible saber si fue por la presencia de Lenn o por el sonido del lobo. Tras un instante, el roedor arañó el suelo de madera al huir hacia algún sitio más seguro, rauda como el eco que había atravesado la noche, desde quién sabe cuánto de lejos hasta llegar al corazón de Lenn y anidar allí para desvelarlo.